

Experiencia ¿para qué?

JOSÉ HEREDIA MORENO

Dos advertencias previas. La primera de método: he querido contar mi experiencia de la forma en que recuerdo haberla vivido. El análisis sociológico o antropológico permite diseccionar los fenómenos sociales por medio de conceptos precisos como bisturíes. Sin embargo hay un ámbito en el que las ciencias sociales encuentran difícil, cuando no improcedente, adentrarse. La ciencia, desde la Ilustración, ha pretendido crear el conocimiento desde cero, hacer tabla rasa y apartarse de las pasiones, primera premisa de un pensamiento que aspire a ser universal. La experiencia vivida, vívida, personal, en la que la semántica se difumina; la experiencia cotidiana, intransferible e irrefutable de un individuo se ha medido con el baremo de lo general o lo normalizado, se ha limitado su papel a confirmación o excepción de la regla. Las vivencias, su auténtica autoridad y jurisdicción sobre los individuos, se ha dicho, eran cosas de la literatura, la filosofía o, aún peor, del poder que se apropia de los hechos.

Pues bien, ustedes me habrán de perdonar porque voy a hacer literatura. Poco puedo aportar a los autorizados estudios que autorizados autores llevan toda la vida realizando. Pero lo que sí puedo es iluminar ese ángulo muerto que para la ciencia constituye la experiencia de una persona, esa verdad parcial que siempre busca contrastarse,

en este caso, mi experiencia como gitano. Creo, con la tibia fe que ofrece una corta experiencia, que los gitanos necesitamos comunicar y contrastar nuestras experiencias, como una forma de exorcizarlas de las penurias que nos puedan haber acarreado, y repetiré esta idea después para que no se escape al escrutinio público. Por lo tanto, no encontrarán aquí un trabajo exhaustivo

**Creo que los gitanos
necesitamos comunicar
y contrastar nuestras
experiencias, como
una forma de exorcizarlas**

de análisis social, sino un viaje de introspección retroactiva, una genealogía personal, quizás inconexa como la propia memoria, pero autenticada por la cartografía del sentimiento. Esta determinación viene dada por la forma en que se es gitano, como un arañazo en el alma del que la razón, ninguna razón estructurada, puede dar cumplida cuenta. Espero que puedan perdonar, pues, el caos de la exposición, caótica como la misma memoria que la sustenta pero aún más espero no caer en un ejercicio gratuito de narcisismo, riesgo que asume toda autobiografía.

La segunda advertencia es la siguiente: Mi vida se aleja mucho de la que pinta el estereotipo sobre el gitano. Yo soy uno de los miles de casos que hacen de este estereotipo, de cualquier estereotipo, una injusticia. No tengo la tez especialmente morena, soy chato y valoro la comodidad de llevar el pelo corto. He nacido y vivido siempre en Granada, en el seno de una familia con una situación económica y social más que aceptable. Mis padres son profesores universitarios; mi padre es además escritor, dramaturgo, articulista... en mi casa se ha recibido siempre a lo más granado de la cultura y la sociedad del país, se han manejado libros y conceptos con auténtica veneración, en un ambiente librepensador, reciclado deudor de aquellos movimientos que, quiméricos o no, aspiraban a una nueva dignidad para el género humano. Si digo esto es por no defraudar a nadie: jamás he sufrido la escasez, mi historia no es desgarradora y sangrante, y por eso mismo puedo rechazar el extendido argumento de que el único problema del gitano deriva de ser pobre.

Por otra parte soy gallipavo, mestizo, con una pata blanca y otra negra. Mi padre es gitano y mi madre no (ambos tuvieron el valor, la valentía de casarse en un momento en que un matrimonio mixto podía traer muchos inconvenientes). Me perdonarán la soberbia, pero me considero la avanzadilla del mundo mestizo que aún está por venir.

Mi experiencia o cómo expresar lo inefable en veinte minutos

Voy a concretar, verbalizar mi experiencia como gitano desentrañando algunas pocas de las múltiples manifestaciones semánticas en las que ha aparecido el término "gitano" en diferentes contextos, y cómo esta palabra ha terminado siendo parte importante de mi visión de mí mismo y de mis modos de interpretar el mundo.

El primer recuerdo que guardo de la existencia de la palabra gitano es ya muy remoto. Mi abuelo, al que hay que admirar más cada día, me preguntaba con cuatro o cinco años:

-¿Tú eres gitano o eres payo?

Por el ambiente que se respiraba sabía cómo contestar con la certeza de haber acertado: Con el pechillo hinchado de orgullo respondía:

-Yo, ¡gitano!

La semántica de un niño está falta de parcelación y lo gitano era un término sin implicaciones: ¿En qué podía consistir ser gitano? ¿Quién, de la gente que conocía, podía ser gitano? Yo, simplemente, le seguía la corriente al abuelo en un juego en el que los dos éramos cómplices, y me conformaba con verle reír de amorosa ternura.

Yo no veía la necesidad de ir haciendo ostentación identitaria, total, no sabía por qué era gitano

Aunque ya me había dado cuenta de que toda mi familia paterna era gitana, el término todavía apenas me significaba nada: todavía no tenía la conciencia de "el otro", no había aún contraste con el "no gitano".

Algún día una tía, preocupada, reprochó al abuelo la inocente ostentación de gitaneidad.

- Deja en paz al niño, hombre, y no le digas esas cosas de gitanos. Pepito, tú no le hagas caso al abuelo.

Mi tía parecía albergar la pretensión de eliminar la palabra del diccionario de uso.

El abuelo protestaba:

- Pero si el niño es gitano, ¿por qué no va saberlo? ¿Es que es algo malo? ¿No eres, tú misma, una gitana?

Entonces no estaba yo en condiciones de desentrañar el fondo de la discusión, lo cual

me parece ahora algo más claro. El tono de mi tía al decir aquello me llenaba de perplejidad: ¿sería algo que ocultar? Yo sólo percibí, sin lugar a dudas, que lo de ser gitano traía controversia. Acostumbrado como un niño a los misterios, éste era uno más entre tantos. Por lo demás yo no veía la necesidad de ir haciendo ostentación identitaria, total, no sabía por qué era gitano.

El colegio Padres Escolapios daría un giro esencial a mi experiencia. Yo vivía en una urbanización de clase media-alta, y el colegio congeniaba con ese espíritu: todos los niños con batitas a mil rayas celestes hasta los tobillos. Una mañana, en 1º o 2º de la extinta EGB, en un descanso, desesperado por una urgencia fisiológica, dije a mis compañeros:

- Me estoy cagando, me voy al water a cagar.

Un compañero cejijunto y malencarado cambió la expresión y soltó una consigna que debía provenir de su casa:

- Ha dicho cagar, y eso sólo lo dicen los gitanos. ¡gitano! – Acusó.

Aquel compañero me había acusado de gitano, y lo peor es que era cierto. Por pura casualidad me habían descubierto. Dieron un paso atrás y esbozaron ora un mohín de aprensión, ora una mueca de sorpresa; enseguida sentí el rechazo. Desprovisto de espíritu crítico, con seis o siete años yo no reflexionaba, simplemente asumía lo que me pasaba. De esta forma intuí que era culpable de mi mera existencia. Esta inefable vergüenza ontológica que aprendí en el colegio, esa sensación deapestado, dio un contenido poderoso al juego cómplice que yo mantenía con mi abuelo: Lo gitano era aquel lugar donde esa vergüenza no existía, donde uno podía ser uno mismo y no uno humillado, donde se entablaba una amistad que era más fraternal porque se basaba en la común experiencia del rechazo. El orgullo íntimo era la posibilidad de conservar una salud mental comprometida por una vida defensiva, a la otra.

Ser gitano se convirtió en una paradoja: cuando estaba en casa era el reconfortante amor de una extensa familia, la protección y la aceptación pese a todo. Salir al “mundo exterior” era una prueba de exilio en la jaula de los leones. En la jaula se puede entrar a latigazos, como el domador; yo prefería pasar desapercibido, por si los leones no se daban cuenta de que andurreaba por allí. Recuerdo de la escuela la misma terrible soledad de la que habla Ricardo Borrull.

**Lo gitano era aquel lugar
donde esa vergüenza
no existía, donde uno podía
ser uno mismo
y no uno humillado**

Este tipo de sucesos, que se repiten constantemente, ejercen un poder que ninguno de ustedes ignorará. Cada vez que me ocurre algo de esto yo firmo y renuevo un contrato de “otredad” con los “señores” que me desprecian. Este compromiso con el exilio que he adoptado por ser gitano, en un macabro círculo vicioso inspira una desconfianza visceral por parte de muchos.

Con el tiempo fui aprendiendo los predicados habituales de la palabra gitano, que no hará falta enumerar, pues todos conocen el contenido del prejuicio. Los escuchaba con impotencia y resentimiento, pero nunca respondí: La vejación me deja “la voz abortada en la garganta”, como dice un verso de mi padre. Mis padres consiguieron conservarme la cordura, loados sean por su buen criterio: supieron inculcarme que el respeto por mí mismo debía ser en gran medida independiente del aprecio del entorno (creo que esto es esencial para cualquier gitano, en esto consiste la soledad del gitano en la escuela). También me enseñaron que ser gitano le obliga a uno a desarrollar habilidades especiales, a dar un tanto de algo más de sí, a cada uno, cada gitano, según su experiencia.

Tuve un profesor que, con atlética diligencia, practicaba el coscorrón, el tirón de orejas y otras modalidades utilizándome como *sparring*. No ignoraba la razón. Me hizo albergar la sospecha de que “gitano” y “vida digna” eran términos antitéticos, y en la soledad de las aulas pobladas de chiquillos embatados crecía en mí una dignidad, un orgullo que se alimentaba de una resistencia más que pasiva, impotente: La resistencia del no dejarse destruir el juicio, ejercida a solas, suspendido en el aire, la mano del profesor tirando de mis patillas.

No iba bien en nada, me creía incapaz de aprenderme la tabla de multiplicar, dividir quedaba fuera de mis posibilidades. Llegar a aquel lúgubre edificio era ir por el propio pie al suplicio, la salida era la liberación. Si hubiera tenido poder de elección jamás habría vuelto a pisar el colegio. Es un recuerdo claro que nunca me abandona cuando veo a un niño desvalido, gitano o no, por la calle. También en esto se lo debo todo a mis padres, que sabían que el colegio era un inconveniente absolutamente necesario. Mis padres cortaron de raíz con los piadosos Padres Píos Escolapios. Recuerdo aquel colegio opresivo y doy mil gracias a la ventura (a la ventura que echan la gitanas) por nuestra mudanza al barrio del Albaycín.

He conocido a algunos gitanos que asumen el estereotipo del gitano y lo cultivan como única forma de supervivencia psíquica

Mi nuevo barrio, el degradado casco antiguo de Granada, es un ejemplo de *melting pot* social y racial andaluz. El suburbio y los pudientes representados; muchos gitanos, casi todos, con pocas excepciones, bien asentados y respetados. El Colegio Público Gómez Moreno respetaba la proporción y presentaba una variedad de casos que me costó distinguir al principio.

Hasta entonces yo había sido un gitano en un barrio de pijos, y al nuevo barrio llegaba como un pijo a un barrio de pobres. Lo mejor es que parecía que allí ser gitano no importaba a nadie, yo estaba en relación plena, no disminuida, con el resto. Tanto fue así que, por lo general, entre mi condición de pijo y la de gitano, mis compañeros preferían reprocharme la primera. El deporte más practicado era la pelea. “Hacerse respetar”, en ese sentido tan primario, era la más directa forma de adquirir autoestima. Con esos chicos gitanos y no gitanos, mucho más bestias que yo, me junté y me sentí

Me encantaría ser capaz de conmover a la audiencia con un cante, pero prefiero desarrollar otras aptitudes en otros campos, aunque en otros campos no esperen la presencia de un gitano

feliz de conocer la camaradería. No quise nunca pelear y en eso me respetaron, o quizá cedí yo, no importa. Lo que sí recuerdo es la confusión que añadió a mi experiencia como gitano. En ese colegio gitanos y payos se divertían juntos, pero al mismo tiempo cuando gitanos y payos tenían fricciones siempre aparecía la maldita palabra como un insulto. La convivencia era buena pero nadie olvidaba quién era gitano y quién no lo era, y esto se convertía en un recurso de ataque en momentos de crisis.

Mi crisis llegó cuando un compañero perdió su portaminas y algunas semanas después yo llegué con otro que era igual porque era el único modelo disponible en el barrio, naranja y muy pesado, que costaba doscientas pesetas de un niño de la época: tener uno era un signo de distinción. Me acusó y utilizó el argumento gitano como prueba irrefutable. Tuve que ir con don Francisco, el profesor, a la papelería de la escuela para que Antonio, el tendero, le confir-

mara que lo acababa de comprar allí. Estaba claro que ser gitano era un problema allí donde fuese, pero no en todos sitios era el problema igual de persistente. Todo dependía del dominio en el que se moviera uno.

**Amigos que han pasado
con creces la prueba
de la amistad han fracasado
en la del prejuicio**

En el nuevo colegio aprendí que la palabra gitano puede servir para identificar y nombrar una aspiración. Un compañero payo muy rubio me confesó que querría ser gitano. Me dejó desconcertado. Si en ese barrio payos y gitanos convivían juntos, ni siquiera se podía averiguar quién era y quién no era gitano ¿cuál era la diferencia? Le pregunté y vagamente aludió a un carácter independiente, fuerte, libre y anárquico, propenso a crear su propia ley y empujado por su naturaleza a llevar una vida de aventuras, caminando ajeno a las lindes de lo legal... Aquello me mató... Lo que me dijo, obviamente, no era un insulto, era una muestra de admiración. Comprendo que el héroe del suburbio es el delincuente (el Vaquilla, el Lute, el Cojo Manteca... este compañero mío cayó en la heroína y no he vuelto a saber de él), pero ver el mismo estereotipo de los P.P. Escolapios con la valoración inversa me sume aún en el estupor. Supe que para el común de los mortales este buen amigo rubio era más gitano que yo, y que este nuevo Albaicín mío era un barrio de gitanos. Intuí de alguna manera que la semántica es más poderosa que los hechos, porque los hechos viven en la semántica. Aprendí entonces que el que tiene un prejuicio no lo abandona al percibir, por razonamiento lógico, su irrazonable injusticia, y que el estereotipo no era sólo una imagen pervertida, sino toda una ordenación del mundo. Sabemos, pero aún no queremos creer, que el ser humano funciona básicamente a base de prejuicios. Al

final el resultado es que cuando escucho a un payo pronunciar la palabra gitano, con frecuencia una apretón atenaza mi vientre.

Pero el tema es aún más difícil, y tremendamente dramático: De la misma manera perversa con que yo asumí la vergüenza ontológica de ser gitano por decir cagar en vez de hacer caca, he conocido a algunos gitanos que asumen el estereotipo del gitano y lo cultivan como única forma de supervivencia psíquica. Con este bagaje conceptual de “lo gitano” como suburbial nunca me extraño de que alguno, de vez en cuando, me diga que yo ya no soy gitano, que estoy “apayao”. La ancestral definición por el modo de vida que utilizaron los Reyes Católicos para su pragmática (la ironía es cruel). A veces les doy la razón, pues al fin y al cabo, es cierto que no vivo en el suburbio. Otras veces, cuando encarta, digo, simplemente, que soy un gitano que está al día, que corro con los tiempos para poder ganarme mejor la vida. Que, como nuestros ancestros, me adapto lo mejor que puedo al entorno y aprovecho de él lo que pueda ofrecerme, igual que todos los seres humanos que en el mundo han sido. Que trato de vencer las fuerzas externas e internas, como el rechazo y el miedo, que me empujan a aislarme en un reducto, en una reserva. Al fin y al cabo pocos pueblos han practicado el sincretismo cultural como los gitanos.

**He aprendido que
si el racismo pretende destruir
los cuerpos, el prejuicio
destroza todas las mentes:
las gitanas y las payas**

Hay que superar el rechazo, y éste viene del racista —utilizo la palabra en su acepción más amplia. Se descubre antes a un racista que a un cojo. Basta preguntarle cómo reconoce a un gitano, o de otro modo, qué características le hacen llegar a la conclusión de que una persona es gitana. Yo, que

no soy muy moreno ni llevo el pelo largo, sólo tengo que preguntarle si él cree que yo soy lo mismo que el gitano del que hablé antes: "Tú no eres como los demás gitanos". Volvemos a la horrible perversión del lenguaje que establece el estereotipo. Este mismo payo llama gitanos a los payos del suburbio. Hay una ironía que radica en él, que al decirme que no soy gitano está tratando de salvarme de la hoguera, en realidad me está ofendiendo.

También quiero desconfiar del llamado estereotipo positivo: un amante del flamenco casi llegó a convencerme de que tener sangre gitana me confiere una facilidad innata para el ritmo y una elegante prestancia para el baile. Bastaron unos pocos minutos de rumbas para que desistiera de su pretensión. Me encantaría ser capaz de conmovir a la audiencia con un cante, pero prefiero desarrollar otras aptitudes en otros campos, aunque en otros campos no esperen la presencia de un gitano (o quizás por esta misma razón). No deseo ser el sujeto de una profecía que se autocumple.

He cogido a algunos amigos en el renuncio y es de verdad doloroso. Amigos que han pasado con creces la prueba de la amistad han fracasado en la del prejuicio. Esto crea contradicciones muy fuertes que apenas uno llega a resolver. ¿Qué pasa si quien te aprecia como persona no te acepta como gitano? Yo no he podido nunca negarme a una amistad sincera y probada, pero tampoco he podido evitar preguntarles qué harían con el problema gitano si tuvieran poder y mano libre. Alguno, afortunadamente muy pocos, ya no son tan amigos. Pero, ¿y los demás? ¿Cuál es el grado de racismo por encima del cual es posible la amistad? No sé si hay respuesta; sólo trato de no aislarme, no ceder a la soledad, mantener los contactos, hacer comprender que yo, como todos, soy reconocible por muchas facetas que no son la de ser gitano, y que ser gitano no implica tener "por naturaleza" determinadas facetas. A mis payos más cercanos, cuando encarta, me permito ex-

plicarles acerca de lo que mi experiencia como gitano me dicta. Dejando aparte la falta de modestia que pueda implicar, creo un deber ejercer esta labor didáctica con ellos, porque si no lo hago yo, ¿quién lo va a hacer? He aprendido que si el racismo pretende destruir los cuerpos, el prejuicio destroza todas las mentes: las gitanas y las payas. Me resisto a abandonar a mis amigos en la mísera senda del que vive en el prejuicio. Servir de puente es la función del mestizo.

Experiencia para seguir viviendo

George Steiner, maravilloso judío nacido en Austria y emigrado antes del holocausto, nos recuerda que un término nazi para los judíos era *Luftmensch*, hombres del aire, sin raíces. Estoy seguro de que lo utilizarían también para los gitanos, y en cierto modo yo me siento así, porque no logro desembarazarme de la idea de que puede llegar el momento en que tenga que salir corriendo, con lo puesto y para no volver. No es patetismo, es que cada vez que alguien intenta convencerme de que no existe la cuestión gitana me acuerdo del Holocausto, y de Martos, y de Yugoslavia, y de Valdemingómez, y de mi abuelo a punto de ser condenado por robarse a sí mismo su propio burro, y de mi padre, y me cago de miedo ancestral... Pero hay que sobreponerse a toda esta destrucción, sobrevivirla, y, a ser posible, subvertirla, hacerla el fundamento de un futuro esperanzado.

Vuelvo a lo que dije al principio. Creo, con la tibia fe que da una corta experiencia, que los gitanos necesitamos (disculpen la vanidad, quizás sea yo solo) exhumar los cadáveres para verles la fea cara y ahuyentar los demonios de las penalidades pasadas, las vividas y las transmitidas. Lo necesitamos porque si el gitano quiere levantar la cabeza tiene que enfrentarse al espanto del rechazo.

Entonces, la experiencia, ¿para qué? Para vivir. Los sinsabores que acarrea la experiencia de ser gitano pueden convertirse en una carga o ser principal instrumento de supervivencia. Pueden deshumanizar a la víctima, pero pueden también fundamentar las decisiones con las que intentamos alcanzar una vida mejor. Hay que tomar como cierto el famoso aforismo de Nietzsche: "Lo que no me mata, me hace más fuerte". Más fuerte para no dejarme afectar por la agresión, más fuerte para reivindicar el lugar que justamente me corresponde, con la confianza, la serenidad y la ponderación del que se sabe interiormente fuerte.

Los sinsabores que acarrea la experiencia de ser gitano pueden convertirse en una carga o ser principal instrumento de supervivencia

Pero una experiencia es una persona, un enfoque que está pidiendo contrastarse con otras experiencias que le sirvan para medirse, dimensionarse, para contextualizarse y relativizarse. La experiencia a solas, el re-

cuerdo sin contraste, se convierte en neurosis, más aún si es la memoria del rechazo en solitario. Las experiencias deben, piden trascender e incorporar las experiencias de otros, ver otros problemas, otras soluciones a las propias cuestiones, intuir modelos alternativos... No quisiera dejar esto tan al aire que se pensase que aspiro al humo, pero no puedo aquí más extenderme. Básteme proponer una hipótesis, plausible, de que comunicarnos, contrastar nuestra experiencia como gitanos, cara a cara y de viva voz, como lo hemos hecho siempre, nos puede prevenir de nuestros peculiares infortunios. La propuesta adquiere su importancia en la medida en que instituciones que tradicionalmente han servido de marco para las relaciones entre gitanos en la práctica desaparecen, quedando los contactos al albur de un individuo cada vez más atomizado.

Quizás se puedan ensayar cauces para ello. Quizás tengamos todos que hacer literatura, mala o buena, hablar; llenar de sentido, de calor humano, dar cuerpo y sangre al conocimiento científico. Ustedes me permitirán la esperanza de haber contribuido, aunque modestamente, con esta breve y meditada intervención.



José Heredia Moreno es escritor y licenciado en Ciencias Políticas y Sociología